

NEW LEFT REVIEW 116/117

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - AGOSTO 2019

ARTÍCULOS

MATTEO PUCCIARELLI	Salvini en alza	11
EVGENY MOROZOV	¿Socialismo digital?	35
JÓVENES PIONEROS	Manifiesto del 4 de mayo	75
STATHIS KOUVELAKIS	La insurgencia francesa	81
CHRISTINE BUCHHOLZ	Alemania redividida	91
SIMPOSIO DEL DSA	La nueva izquierda estadounidense	125
EMMA FAJGENBAUM	El cine como desasosiego	151
JOSEPH NORTH	Respuesta a Mulhern	177
MARY MELLOR	Una propuesta ecofeminista	207

CRÍTICA

CÉDRIC DURAND	La sala de mando de la crisis	221
MICHAEL RUSTIN	Brexitannia	235
JAN BREMAN	La sombra del desarrollo	246
GREY ANDERSON	El general	253

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Anthony Barnett, *The Lure of Greatness: England's Brexit and America's Trump: Why 2016 Blew Away the World Order and How We Must Respond*, Londres, Unbound, 2017, 393 pp.

MICHAEL RUSTIN

BREXITANNIA

Entre los millones de palabras que se han escrito sobre el Brexit raro es toparse con un análisis original, mucho menos con uno escrito con brío. *Lure of Greatness*, de Anthony Barnett, merece, por lo tanto, aún más atención. En muchos sentidos, supone una contrapartida al extenso ensayo de Barnett, *Iron Britannia: War over the Falklands*, publicado primero como un número especial de la *NLR* en 1982. Aquel era un estudio seminal sobre los orígenes e importancia de una guerra que tuvo después una influencia determinante sobre el curso de la política británica, en tanto Thatcher ganó las elecciones de 1983, que consolidaron la hegemonía de sus ideas durante las décadas siguientes, en gran parte gracias a su victoria en el Atlántico Sur. El principal compromiso político de Barnett desde entonces ha sido la causa de la reforma constitucional y de la democracia popular. Fue fundador y director de *Charter 88* desde 1988 hasta 1995; después, en otra importante iniciativa, lanzó la página web *openDemocracy* en 2001. Ha sido su editor jefe hasta 2007 y todavía es un colaborador frecuente de la misma.

Lure of Greatness, como *Iron Britannia*, se propone captar el sentido de una crisis política importante mientras esta se desarrolla. (De hecho, en el momento de escribir esta reseña, aún no se sabe qué dirección adoptará finalmente el Brexit). Se trata de una narración detallada y muy polémica de los acontecimientos tal y como se produjeron, escrita simultáneamente como un reportaje político y como un análisis de sus dinámicas subyacentes. Además, a pesar de que él mismo votó por la permanencia y se opone

contundentemente a Trump, Barnett parte de una corriente de simpatía hacia la experiencia que llevó «al otro bando» a votar como lo hizo, percibiendo, de hecho, la fresca brisa de la democracia en su revuelta en las urnas contra un orden en decadencia. La estructura del libro es multiestratificada, como una muñeca rusa. Una sección inaugural propone una explicación paralela tanto del Brexit como de Trump en tanto que protestas contra las traiciones en serie de la confianza pública por parte de los líderes políticos de Estados Unidos y Gran Bretaña, los CBC (Clinton, Blair, Bush, Brown, Cameron, Clinton).

Para Barnett, la guerra de Iraq, a la que se opusieron manifestaciones de millones de personas, constituyó un doble abuso de confianza. En primer lugar, no solamente se ignoró a la clase media (en el sentido inglés), predominantemente liberal, que se oponía a la guerra, sino que se le contó mentiras sobre el inexistente arsenal de armas de destrucción masiva de Sadam, que era el *casus belli* oficial. En segundo lugar, a los soldados y a sus familias, predominantemente de clase obrera, se les prometió una victoria rápida, pero, en lugar de ello, se encontraron enfangados en una inacabable serie de desastres militares. Barnett señala que más de dos millones de estadounidenses han sido destinados al Gran Oriente Próximo para librar estas guerras y que sus traumas, a su vez, afectan a las vidas de muchos millones más de personas en sus hogares; estas comunidades votaron masivamente a favor de Trump en tanto, a diferencia de Clinton, autoproclamado candidato antibélico. Los abusos tercero y cuarto fueron económicos: la crisis financiera desmintió la promesa de los CBC de que la globalización neoliberal traería una era dorada de prosperidad y, el golpe final, las elites gestionaron claramente la «recuperación» en su propio beneficio.

El punto de partida del libro es que esta cuádruple traición de la confianza pública –un gobierno claramente deshonesto, una derrota militar prolongada, una calamidad económica masiva y la riqueza excesiva y corrupción de la elite– condujo a una pérdida de fe en el orden dominante como tal. Barnett toma prestada la metáfora de John Berger de una cárcel abierta para describir «la prisión sin fronteras del neoliberalismo»: «El Brexit y Trump son intentos de una fuga en masa de la encarcelación mercantilizada de la democracia corporativa». Barnett considera a la Unión Europea, en su forma presente, como uno de los aparatos represores, que se ha convertido con el trato que el Consejo Europeo otorgó a Grecia en «el ejemplo más sofisticado de cómo dejar indefensos a los Estados-nación». La ruptura, por lo tanto, es comprensible, y Barnett saluda la «energía desbordante» que propulsó esos ataques al sistema. De manera crucial, sin embargo, «una componente chauvinista del 1 por 100» percibió el peligro y la oportunidad que encarnaba ese momento. Se aprovecharon de la retirada del apoyo a los CBC y explotaron el creciente descontento popular ante un sistema fallido,

corrupto y que no asumía sus responsabilidades. Prometieron restaurar la grandeza y la prosperidad colocando «primero» a una América proteccionista o a una Gran Bretaña global. El «señuelo» del título de Barnett señala lo que él considera un elemento de engaño y fantasía en este planteamiento; su argumento es que la insatisfacción justificada con los CBC podría haber encontrado una salida más productiva, conduciendo a una auténtica transformación de las esferas públicas estadounidenses y británicas. En ambos países, sin embargo, se ha fracasado manifiestamente a la hora de lidiar con la pérdida de estatus y poder mundial, de manera reciente y estrictamente relativa en el caso estadounidense, de largo aliento en el caso británico. Una resolución democrática tendrá que abordar la «cuestión nacional».

Como explica Barnett en su «posconclusión» final, *Lure of Greatness* se concibió inicialmente como un libro sobre el Brexit, pero la elección de Trump amplió la agenda de su proyecto, llevándolo a describir los dos acontecimientos como aspectos vinculados de una insurgencia más amplia de revuelta derechista. Dentro de este marco, no obstante, el núcleo del libro —las doscientas cuarenta páginas centrales de un total de trescientas cincuenta— se centra en buena parte en Gran Bretaña. Aquí se ven muchas líneas de continuidad con las tesis que Barnett planteaba en *Iron Britannia*. Fundamental para su análisis del voto a favor del Brexit es el argumento de que el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte es un Estado multinacional sumido en un proceso de reconfiguración, y que sus componentes están sometidos a dinámicas diferentes. En lugar de las habituales cuatro partes, Barnett defiende que hay cinco partes en Gran Bretaña: Escocia, Irlanda del Norte, Gales, Londres e «Inglaterra sin Londres». De estas partes, Escocia, Irlanda del Norte y Londres, con una población total de casi 16 millones de habitantes, votaron mayoritariamente por la permanencia en la Unión Europea. Frente a ellas, la «Inglaterra sin Londres», con diferencia la mayor de las cinco partes que cuenta con una población de 46 millones, votó mayoritariamente por abandonarla e inclinó decisivamente los resultados. «Esta Inglaterra fue quien venció esa batalla».

¿Qué ocurre con Inglaterra? Barnett argumenta que ser la primera nación en industrializarse le dio a Inglaterra la ventaja del «primer jugador»: a medida que se expandía su imperio de ultramar, otros países tuvieron que movilizar sus recursos para defenderse de ello, forjando en el proceso unas identidades de Estado-nación modernas para sí mismos. Los ingleses no tenían la necesidad de forjar un nacionalismo para defenderse de los demás. En lugar de ello, reclutaron a sus vecinos de las islas para formar lo que se convirtió en un proyecto conjunto: el imperio británico, no inglés. Una vez que el imperio se terminó, las otras partes que componían el Reino Unido encontraron maneras de avanzar mediante sus propios nacionalismos cívicos, cristalizados en los transferidos parlamentos subnacionales.

Inglaterra no podía hacerlo así. Se quedó atrapada, en la vívida imagen de Barnett, como si fuera un crustáceo menguante, de cuerpo blando, dentro del exoesqueleto británico que cada vez se le ajustaba peor, y entregada a Westminster y Whitehall, las instituciones del Estado británico: una indulgencia neoimperial que es también el rechazo de un futuro nacional cívico inglés más modesto.

Esta línea de argumentación se asemeja a la de Tom Nairn, el compañero de armas de Barnett en los temas de la nacionalidad. Nairn también ha defendido que la ausencia de una representación política de la identidad cívica inglesa es responsable de la persistente fuerza de la opinión antieuropea en Inglaterra, que condujo al voto a favor del Brexit. En opinión de Barnett, las continuas pretensiones neoimperiales de Inglaterra-Gran Bretaña son incompatibles con la pertenencia a la UE. Si se les concediera a las distintas identidades nacional-cívicas de las islas británicas su expresión constitucional completa, los ingleses podrían terminar por reconocer y aceptar su posición disminuida en el mundo moderno. Barnett quiere que los ciudadanos del país se conciban ahora a sí mismos de manera más modesta, como ingleses europeos, y que sus líderes abandonen sus ilusiones neoimperiales y adopten, por primera vez, un papel creativo y cooperativo dentro de la UE.

Barnett llama «churchilismo» a esa ideología que ha gobernado en una Gran Bretaña posimperial (y todavía) neoimperial. El churchilismo es un legado del ambiguo consenso nacional forjado durante la Segunda Guerra Mundial, que preservó las formas del imperio, sus instituciones domésticas y el simulacro de la Commonwealth de ultramar, aunque la realidad de una potencia global quedaba reemplazada por la subordinación a Washington. Los engañosos aspectos neoimperiales del churchilismo se fortalecieron con la campaña militar de Thatcher en las Malvinas, como argumentaba de manera memorable Barnett en *Iron Britannia*. La política exterior liberal-imperialista de Blair, emprendida como un transparente vasallaje ante Estados Unidos, fue una versión posterior de esta mentalidad. Sus fracasos – en Afganistán, Iraq y en todas las guerras que han venido después– agravaba la sensación de abuso de la confianza popular que, en opinión de Barnett, contribuyó a que el Brexit lograra la victoria en el referéndum sobre la UE. Pero el churchilismo también ha jugado un papel en la propia debilidad y falta de convicción de la campaña oficial por la permanencia en la Unión Europea, condensadas en la visión instrumental e implícitamente negativa de Europa que presentaba Cameron.

Una segunda veta de la argumentación de Barnett concierne a la cuestión de la democracia. *Lure of Greatness* apunta que otra razón por la que triunfó la campaña del Brexit fue porque los procesos electorales sometidos al criterio mayoritario estricto son muy deficientes: la alta participación en el referéndum de 2016 sobre la UE –del 72 por 100 en comparación con el

66 por 100 que votó en las elecciones generales de 2015— muestra que el voto ofrecía una forma de expresión política a gente que sentía que se le había negado con anterioridad (el tema de la identidad nacional había obtenido una participación aún mayor, el 85 por 100 en el caso del referéndum escocés de 2014). Como en el caso de Trump, los votantes del Brexit experimentaron «la pura emoción de la capacidad de actuar». Si Gran Bretaña tuviera un sistema electoral más representativo —la representación proporcional figuraba muy alto en los primeros puestos de las reivindicaciones de la *Charter 88*— los resultados políticos habrían sido muy diferentes, apunta Barnett. Lo mismo, por supuesto, puede decirse de Estados Unidos con su representación desproporcionada de las poblaciones de los diferentes estados en el Senado, la modificación manipulada de los distritos electorales, la corrupción de la financiación de las campañas, etcétera.

Barnett apunta con razón a la influencia maligna de la prensa a la hora de moldear el debate y cita con aprobación los análisis de Peter Osborne en *The Rise of Political Lying* (2005) y *The Triumph of the Political Class* (2007). No obstante, él considera el referéndum como una instancia del proceso democrático en acción y extiende este análisis a las consecuencias del voto, escribiendo con júbilo que los miembros del Parlamento habían decidido que «la naturaleza democrática del plebiscito tenía una autoridad superior a la suya» para sacar la conclusión de que: «El resultado es que un nuevo soberano, el Pueblo, ha surgido y que ahora se considera por encima del viejo, el Parlamento. A menos que “el Pueblo” cambie de opinión, los Comunes y los Loes —ambos con mayoría a favor de las permanencia en la Unión Europea— deben obedecer y votar para salir de la misma. De hecho y en espíritu, el referéndum ha clavado una estaca en el corazón de la soberanía parlamentaria». En línea con esto, Barnett mismo ha pedido en openDemocracy un segundo referéndum, aunque argumentando que no debería considerarse que cancela el primero.

Hay algunos puntos de continuidad entre la ya larga defensa por parte de Barnett de la renovación democrática y los argumentos adoptados en las tesis Nairn-Anderson publicadas en 1964 en la *NLR*. Uno de los argumentos principales se refería al carácter incompleto de la revolución burguesa en Gran Bretaña, que había dejado unas formas monárquicas y aristocráticas aún presentes en la (no escrita) constitución británica: la Corona en el Parlamento, la mascarada y el tradicionalismo de los procedimientos parlamentarios, la persistencia de una Cámara de los Loes no elegida. Las dificultades actuales de la Cámara de los Comunes para imponer su voluntad sobre la decisión respecto al Brexit, incluso cuando una mayoría de los parlamentarios rechazan las tesis del gobierno, muestran que estos temas siguen siendo pertinentes. Que el Parlamento tenga algo efectivo que decir puede depender de una decisión procedimental por parte del portavoz de

la Cámara y la Corona aún puede jugar un papel, en esta Constitución no reformada, a la hora de decidir si se va a disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones.

Otra de aquellas tesis que conserva aún su relevancia para Barnett se refiere a la incorporación y la subordinación del laborismo en el seno de este sistema de gobierno. El pasaje más potente de *Iron Britannia* era quizá la denuncia del papel belicista del líder laborista Michael Foot en la escalada hacia el conflicto de las Malvinas, provocando a Thatcher para que convirtiera sus palabras en acciones militares. «Hablando de esa manera –concluía Barnett– Foot se convirtió aquel día en la voz de la Cámara de los Comunes. Fue el portavoz de su ferviente consentimiento de la expedición». Los apuntes de Barnett sobre las connivencias y continuidades entre los regímenes de Thatcher y Blair y sus discusiones con el Partido Laborista sobre su negativa a efectuar las reformas democráticas cruciales son elementos que prolongan esta importante crítica. *Lure of Greatness* da la bienvenida a la explosión de entusiasmo popular que elevó a Corbyn a la cabeza del partido, pero lo censura por haberse encerrado dentro del marco mental del laborismo británico, integrando la política laborista dentro del escenario previo de Westminster, más que plantearle un desafío: «No importa si es una versión de izquierda. Ese marco de referencia es un encierro».

«Con el tiempo el Brexit se derrumbará», concluye con aplomo *Lure of Greatness*. Una vez que se hayan recuperado las distintas naciones del Reino Unido, especialmente Inglaterra, podrán «dar un buen uso a sus admirables cualidades» en colaboración con sus vecinos –«pues el camino de vuelta a la identidad europea pasa por que Inglaterra obtenga su independencia y, por lo tanto, la confianza para compartir el poder»–. Aunque Trump y el Brexit fueron ambos productos del neoliberalismo, han desafiado su afirmación fundamental de que los gobiernos electos siempre deben estar subordinados a la globalización. Esto en sí mismo puede tener alguna importancia, apunta Barnett, en las batallas de la próxima década acerca de cómo va reemplazarse el neoliberalismo.

Una lectura rica, siempre amena e interesante, *Lure of Greatness* se merece un lugar en cualquier estantería sobre el Brexit. Está escrito en gran medida bajo la forma de la narración y el comentario políticos, basándose ampliamente en reportajes de prensa e Internet, salpicados con ideas y análisis extraídos de fuentes menos efímeras, incluyendo la obra anterior de Barnett. El libro es siempre interesante, pero este método puede hacer difícil seguir sus argumentos analíticos clave o localizar sus bases teóricas. Hay muchas observaciones sobre las figuras políticas centrales en la narración que son muy perspicaces, aunque en ocasiones algo personalizadas; la caracterización conjunta de Barnett de la elite política como la CBC es, en el mejor de los casos, una abreviatura para el enorme edificio del *establishment*

liberal (tampoco hay ninguna explicación de por qué falta la «O»). Pero aquí hay mucho con lo que alimentar la discusión crítica. ¿Cómo hay que valorar los argumentos centrales de Barnett?

La explicación inicial que ofrece Barnett de las protestas de 2016 en términos de un cuádruple abuso de confianza por parte del *establishment* es sugerente. Es, sin embargo, difícil de corroborar. Las interpretaciones del «sentido» de los votos de este tipo suelen ser subjetivas. En el caso del Reino Unido, millones de personas votaron en el referéndum del Brexit por innumerables razones, que reflejaban muchas líneas divisorias. Es posible, por ejemplo, que la mayoría de quienes se manifestaron contra la guerra de Iraq estuvieran a favor de la permanencia, no de la salida de la Unión Europea y que no mostraran mucha simpatía por la campaña del Brexit. El resultado real del referéndum se decidió por un margen del 4 por 100 y no es difícil imaginarse unas circunstancias en las que este resultado se hubiera invertido. Lo que tiene una importancia profunda y duradera fue el tamaño absoluto del voto a favor del Brexit. Incluso si la salida hubiera perdido por un estrecho margen, el tema de Europa habría seguido dividiendo y desestabilizando, como lo ha estado haciendo durante décadas.

Cuando explica los efectos peculiares de Europa sobre la política del Reino Unido, *Lure of Greatness* pisa un terreno más firme. Sobre el papel de los imaginarios churchilianos –fantasías de grandeza nacional y de la soberanía imperial perdida– Barnett tiene razón. En ese sentido, el título *Lure of Greatness* [El señuelo de la grandeza] está muy bien puesto. Se puede recordar que Richard Wollheim desplegó la idea de un «señuelo» en su ensayo de 1988 «Crime, Punishment and “Pale Criminality”» [Crimen, castigo y “criminalidad pálida”] para defender que la pena capital, lejos de ser un elemento disuasorio del asesinato en realidad constituye un «señuelo» o un punto de atracción inconsciente para quienes puedan sentirse atraídos por su dramatización de la muerte. Pero, ¿hasta qué punto es convincente la propuesta de Barnett de un poder legislativo nacional-cívico inglés como solución a las patologías posimperiales? Hay algo de verdad en su argumento sobre la elisión continuada –y la confusión– entre las ideas de lo inglés y lo británico. Pero los sentimientos nacionales, cuando encuentran expresión, pueden ser más o menos xenófobos. Dado que la opinión política siempre ha sido más conservadora en Inglaterra que en Escocia y Gales, y lo ha sido cada vez más con la desindustrialización y la debilidad del Norte, es difícil entender cómo se podría convencer ahora a una mayoría en Inglaterra de que aceptara una visión tan reducida de su estatus nacional. (Si se hubiera establecido antes un sistema federal, antes de que el sentimiento nacional inglés se hubiera trasmutado en un odio hacia Europa, el asunto habría sido diferente). No obstante, Barnett tiene razón al interpretar el populismo nacionalista como, en parte, una respuesta a la experiencia de un declive relativo: la movilidad

hacia abajo en su forma colectiva, habiendo sido el pueblo inglés, entre todos los pueblos que habitan las islas británicas, quien parece haber tenido las mayores dificultades para asumir la realidad.

Hay elementos tanto de angustia como de exultación en la visión de Barnett de la votación de 2016 entendida como un intento de «fuga masiva» del neoliberalismo —«no se puede entender ni la política británica ni la estadounidense sin aplaudir el deseo de salir de la prisión abierta del orden globalizado»— incluso si la fuga la lideran «mafias, granujas, aprendices de dictadores, demagogos y sus periódicos y webs compinchados». Significativos como son estos temas, queda la pregunta de hasta qué punto las interpretaciones que se centran en los temas de la práctica y los procedimientos de la democracia son suficientes para explicar estas crisis. Me parece a mí que no deberíamos celebrar demasiado rápido el tipo de movilización popular y de autoexpresión que se ha efectuado mediante el voto a Trump o en el referéndum del Brexit. Barnett aplaude el triunfo de este último frente a la soberanía parlamentaria, pero, ¿qué significa esto realmente? ¿Cómo puede el acto de voluntad que marca el resultado de un referéndum combinarse con la responsabilidad de los partidos políticos y de sus representantes en el Parlamento de actuar según sus propios programas, especialmente si las consecuencias de la implementación resultan ser significativamente diferentes de las que se anticiparon cuando el referéndum tuvo lugar? El Parlamento puede desacreditarse tanto si reniega de su compromiso original de respaldar el resultado del referéndum, como si sus miembros actúan contrariamente a sus creencias acerca de cuáles serán sus efectos. Por esto adquieren alguna solidez los argumentos a favor de asambleas ciudadanas, que puedan permitir algún proceso deliberativo y de reconciliación.

Hay una dimensión internacional más amplia en estos asuntos que *Lure of Greatness* apenas tiene en cuenta, a pesar de su valioso proyecto de comparar «la Inglaterra del Brexit y los Estados Unidos de Trump». El fenómeno más general es el ascenso generalizado de los movimientos nacionalistas populistas de derecha: en Brasil, la elección de Bolsonaro; en Alemania, el ascenso de AfD; en Italia, la victoria electoral de la Lega y del Movimiento 5 Stelle; en Francia, la fortaleza de los seguidores de Marine le Pen; en Suecia, el avance de los Demócratas Suecos y en Austria, el del Partido de la Libertad. Se pueden añadir otros ejemplos. Hay más en juego en todo esto de lo que pueden responder las especificidades del Reino Unido y de Estados Unidos y los déficits de sus sistemas democráticos. ¿Qué otras explicaciones más completas se podrían aportar?

Como admite Barnett, la causa fundamental de este movimiento hacia la derecha radica en la crisis de un sistema neoliberal, cuya dominación absoluta abarcó desde 1989 hasta la crisis financiera de 2008. Mientras este sistema continuó produciendo crecimiento económico, si bien de un tipo

enormemente inequitativo, sus regímenes políticos conservaron suficiente legitimidad como para mantener sus hegemonías. Con la crisis financiera y el estancamiento y la austeridad que la siguieron, esta legitimidad se perdió, en especial entre quienes fueron dejados atrás durante el periodo de crecimiento; estos se sentían despreciados y humillados por la prosperidad de la que se les excluía. Inesperadamente, fueron los nacionalistas y populistas de la derecha, pero no, en la mayoría de los casos, los de la izquierda, quienes lograron movilizar el descontento de los desfavorecidos. En las elecciones al Congreso de 2018, el Partido Demócrata obtuvo en general mejores resultados en los distritos poblados por votantes más ricos que en los que habitaban los votantes más pobres y de menor nivel educativo, a quienes tradicionalmente siempre habían intentado representar. Las deficiencias de la Unión Europea, que proceden del fracaso de sus partidos de izquierda a la hora de crear un modelo de desarrollo inclusivo para sus elementos dispares, también juegan un papel en esta situación.

La movilidad hacia abajo y el declive relativo han producido ira y un resentimiento profundos. En estas circunstancias, se buscan «objetos» —o, en otro lenguaje, «otros»— sobre los que se pueda proyectar ese resentimiento. Las formas psicoanalíticas de explicación social encuentran su mayor crédito en la comprensión de estos mecanismos. Los recuerdos de las épocas mejores, reales o imaginarias, se conjuran como utopías retrospectivas. «Making America Great Again» y «Taking Back Control» son las versiones actuales de esta tendencia en Estados Unidos y Gran Bretaña. Columnas de refugiados empobrecidos en América Central o pequeñas embarcaciones que conducen a desesperados en busca de asilo a través el Canal de la Mancha son concebidos en estas condiciones como emergencias nacionales o «graves incidentes». *Extraños en su propia tierra*, de Arlie Hochschild (2016) ofrece un relato comprensivo de las conversaciones con miembros del Partido Republicano (y a veces con partidarios de Trump) en el Sur estadounidense, que sienten que, a pesar de ser buenos ciudadanos, han sido desplazados, en la competencia estadounidense por la promoción, por otros grupos («minorías») favorecidos por las elites políticas privilegiadas.

El neoliberalismo se ha topado con su crisis debido a la naturaleza no equitativa de su modelo de desarrollo en el cual las formas financiarizadas del capital se han desligado de las responsabilidades hacia los empleados, las comunidades o los Estados, orientándose únicamente hacia la acumulación de beneficios para accionistas e inversores. Lo que demostró el pacto fordista de posguerra fue que los bienes y servicios solamente pueden producirse con beneficio, si hay consumidores que puedan permitirse comprarlos y, de hecho, si hay también un aparato de Estado en funcionamiento capaz de proteger el bienestar económico de la población. Si los resentimientos contra el sistema dominante han crecido de esta manera es porque los

estándares de vida se han quedado estancados o han retrocedido, mucho antes de la crisis financiera, para amplias franjas de la población. Los partidos de centro-izquierda han sido, en buena medida, cómplices o partidarios activos del desarrollo de este sistema mercantilizado y, por lo tanto, han perdido mucha de su capacidad de representar a las mayorías populares.

La migración ha sido uno de los focos principales del resentimiento conservador populista, pero no se debe únicamente al papel de los migrantes en los familiares mecanismos sociopsicológicos de la proyección y del chivo expiatorio. La migración hacia Europa desde Oriente Próximo es el resultado directo del desorden que ha producido en toda la región el brazo internacional del neoliberalismo, el intervencionismo liberal imperialista de las potencias occidentales. Pero hay otro factor operativo: la demografía de las economías avanzadas occidentales es tal que sus poblaciones están envejeciendo y, por lo tanto, se mantienen estables o están disminuyendo. El crecimiento y desarrollo económico continuados no pueden sostenerse sin la inmigración de gente más joven, de gente dispuesta a soportar sacrificios por el bien de su prosperidad futura o la de sus hijos. Esto es algo que muchos habitantes autóctonos, acostumbrados a un nivel de vida relativamente alto y a la protección social, no están dispuestos a hacer. Esta situación produce fricciones y competencia entre las poblaciones autóctonas presentes en el territorio y los migrantes, que propulsan los movimientos populistas. La comprensión y la gestión de estos procesos, que se relacionan con el desarrollo de las regiones de procedencia de la migración, así como con el de las metrópolis de Occidente, ha tensado las capacidades de los actuales gobiernos occidentales hasta el punto de la ruptura: Merkel sobrevivió a duras penas a su decisión de admitir un millón de refugiados en Alemania en 2015.

En su libro *Nervous States* (2018) William Davies apunta a otra dimensión de esta crisis, muy relevante para las prácticas democráticas de las que habla Barnett. Las concepciones abstractas de razón y racionalidad concebidas como marco contenedor de la existencia social en las sociedades modernas han sido destronadas, defiende Davis. Las emociones y su expresión, los temas de identidad y sentido tienen más relevancia, mientras que ha disminuido la autoridad de los expertos, cuya legitimidad procede de su dominio de las razones y de los hechos. El ataque de Trump contra las «*fake news*» –su exigencia de que la gente confíe en sus *tweets* en vez de en *The New York Times*– es un síntoma de esto. Todo ello no es tan novedoso como indica Davies, ya que *Iron Britannia* describía el sometimiento de la razón al sentimiento a lo largo de todo el episodio de las Malvinas, y el nazismo no era sino una expresión del resentimiento y el odio colectivos. Pero, no obstante, el ascenso de las redes sociales y de las formas de comunicación destructivas que estas han propiciado constituyen un desarrollo importante.

Davies apunta que uno de los atractivos de la guerra para la ciudadanía es el sentido y el sentimiento reconocido que se le adjudica: los muertos en la guerra, a diferencia de las menos visibles pero numerosas bajas de la paz, al menos son conmemorados y se les rinde homenaje por su sacrificio.

El ascenso de las redes sociales y las posibilidades creadas por ellas de infinitos tipos de comunicación lateral entre los miembros de nuestras sociedades plantean cuestiones cruciales para el futuro de la democracia. Sabemos que estos medios pueden ser y son capturados por agencias poderosas, cuyo objeto es acumular capital y poder manejando la maquinaria de la cultura consumista. Sabemos cómo pueden emplearse para la movilización política por parte de movimientos de la izquierda como los de Sanders y Corbyn, así como por parte de los de la derecha. Lo que no sabemos es cuál será el resultado a largo plazo de este masivo desarrollo sociotécnico. ¿Podrá convertirse en un recurso para una emancipación general, para el establecimiento de la democracia educada que era la visión central de Raymond Williams? O, por el contrario, ¿será el medio para la destrucción de todas las formas de autoridad legítima y de conectividad, el instrumento para la vigilancia y manipulación de poblaciones divididas y atomizadas, al servicio de los privilegiados? *Lure of Greatness* describe un momento en esta peligrosa transición social y ofrece un valioso análisis de cómo hemos llegado a donde estamos ahora.